

## UN PLACEBO CONTRA LA REALIDAD

**Vila-Matas portátil.**  
**Un escritor ante la crítica,**  
Margarita Heredia (ed.)  
DVD, café con Shandy,  
Canet de Mar  
(Barcelona), Candaya,  
2007, 480 pp., 24 €.

Acercarse a la obra de Enrique Vila-Matas significa aceptar las reglas de un juego en el que se desdibujan deliberadamente las fronteras entre los géneros literarios, la realidad se impregna de los atributos de la ficción y la solidez de la identidad se desvanece. La propia figura del autor, escondido siempre bajo narradores que se le parecen asintóticamente, imposibilita saber cuándo nos enfrentamos al personaje y cuándo es el propio escritor quien se presenta. Sensación que se acentúa tras leer *Vila-Matas portátil*, selección de artículos llevada a cabo por la mexicana Margarita Heredia en la que se traza un "retrato múltiple" que perfila las coordenadas básicas en las que ubicar la siempre esquiva y paradójica obra del escritor barcelonés, y en la que los comentarios y el análisis de su producción se amalgaman con las peculiares aristas que le atribuyen aquellos que lo conocen. Así, el primer número de la colección de ensayos de la editorial Candaya articula una especie de biografía literaria oblicua a través de la visión que de Vila-Matas tienen 41 autores de muy distinta procedencia, apuntalada por un par de notas del propio escritor.

Ejercicio raro en nuestras lati-

tudes el de seleccionar aportaciones críticas sobre un autor vivo, la apuesta de esta joven editorial es arriesgada y sugerente. Y pocas figuras hay en el actual panorama literario español tan susceptibles de ser abordadas mediante distintas fórmulas y enfoques como Vila-Matas, escritor autoexiliado de la tradición que le tocaría asumir por proximidad, y que ha hecho de su obra literaria un ejercicio de requiebros y piruetas sobre la propia escritura. Tras más de una decena de novelas y varias recopilaciones de relatos y artículos, el autor barcelonés ha creado un mundo autóctono y cohesionado cuyo sustento es la acumulación de accesorios y una mirada deliberadamente esquinada sobre la realidad que desemboca en el fetichismo del azar y la paradoja. Desde la crítica literaria hasta el ensayo breve, pasando por la entrevista o el homenaje, Heredia ofrece una panorámica cronológica de la obra conocida del autor en la que se puede advertir la peculiar recepción crítica que ha tenido su producción, descubierta primeramente en países como México, Francia o Italia y, más adelante, sobre todo después de *Bartleby y compañía*, reconocida en el resto de Europa con prestigiosos premios y traducciones a varios idiomas.

El espacio dedicado por la compiladora a las publicaciones que se sitúan en las orillas de dicha cesura refleja la distinta suerte que han recibido ambas etapas, a pesar de que no se desprenda de las obras mismas un cambio de rumbo sustancial. De hecho, como el escritor sugiere en uno de sus artículos más citados, su producción puede leerse como un todo unitario en el que varios motivos recurrentes son retomados a través de distintos prismas que consiguen, incluso, atenuarlos y

desautorizarlos mediante la ironía, signo de identidad inequívoco que le permite explotar toda la potencia del lenguaje y del relato. Dicho recurso transforma sus textos en una especie de matriz que abarca mucho más de lo que muestra, que se dispara en múltiples direcciones sin llegar a detenerse en ninguna, dominada por una fuerza centrífuga que impide la posibilidad de un final y exige siempre un retorno renovado. Como al escuchar la radio, siempre esperando la próxima canción, Vila-Matas garantiza que su mejor obra es siempre la próxima porque la verdad existe sólo en tanto que posibilidad de decirse, nunca en lo ya dicho, y, como él mismo recuerda, su escritura no persigue la realidad, sino la verdad.

Una verdad personal y literaria a la que tratan de poner el cascabel los artículos de *Vila-Matas portátil*. Algunos, como los de Guelbenzu o Pozuelo Yvancos, escrutando el estilo del autor y su ubicación en la tradición contemporánea; otros, ensayando una aproximación más personal e imaginativa, como en el caso de su amigo Villoro o de su editor Jorge Herralde. Es común entre estos últimos el impulso de escribir sobre el autor asimilando su propio proyecto literario, tratando de recrear sus mismas aporías, rescatando sus citas y acercando la figura real del escritor al tono lúdico de su estilo narrativo. Como si acusaran a Vila-Matas de ser el principal responsable de no ser él mismo, cada autor ofrece su propia literaturización de la figura y obra de este *parisien* de Barcelona. De ahí que tal vez la caracterización más ajustada del escritor corresponda en realidad a un personaje de ficción: la que Philip Roth le dedicó a Moses Herzog, que Ray Loriga transcribe en su artículo.

Para cerciorarnos de cómo la literatura, esa extraña forma de vida, acaba situándose como un placebo en la realidad de la obra y figura de Vila-Matas, el volumen se acompaña de un documental que muestra la conversación que protagonizan Juan Villoro y el escritor, en la que Vila-Matas detalla algunas de las imposturas que realmente lo caracterizan con una mirada esquiiva que, además de mostrar la timidez que se le atribuye, revela la dificultad de saber cuándo nos podemos fiar de lo que dice. Esa imposibilidad de situarse en un lugar desde el que garantizar cómodamente alguna certeza es la desafiante a la par que atractiva propuesta de Vila-Matas, que no sólo ha creado una forma propia de habitar la literatura, sino que también ha configurado una tradición personal de mitos y lecturas y una manera característica de esconderse tras las palabras que, en su voluntad continua de renovación, lo llevan a convertirse en el falsificador más fiable de su propia firma. Esa maleabilidad permite que, al margen de su irregularidad y de la ausencia de alguna crítica negativa de la que tanto asegura aprender el autor, los artículos recopilados en *Vila-Matas portátil* aporten siempre, cada uno en su registro, algún indicio o sugerencia válida y útil para ensayar la aproximación a una obra que, por otro lado, resulta accesible. Debemos agradecer a la editorial Candaya esta osada apuesta que viene a demostrar que ni los lectores de Vila-Matas han sido exterminados, como pretendiera su segunda novela —aunque primera reconocida— *La asesina ilustrada*, ni es mismo, aunque lo intente con tesón en sus últimas obras, ha desaparecido.

VÍCTOR ESCUDERO

## ANTI-ROBINSON CRUSOE

**Tierras altas,**  
Fermín Herrero,  
Madrid, Hiperión,  
2006, 92 pp. 8 €.

Como es sabido, Robinson Crusoe es un mito fundante de la era moderna. Ese nuevo Odiseo esbozado a vuelapluma por Daniel Defoe (1819) lo tenía todo para ser moderno: un individualismo autónomo y racionalista, una lucha denodada por la identidad y el control del entorno, la confianza constructiva en un futuro a imagen y semejanza del ser humano... pero también el lado oscuro, *the wild side* de esa misma modernidad ilustrada, arrogante, cuyo sujeto lógico (como ya señalaron Adorno y Horkheimer en su *Dialéctica del iluminismo*) era el burgués en sus formas sucesivas de colono, propietario de esclavos, mercader y administrador. En una palabra: un retrato siniestro de la autosuficiencia de Robinson Crusoe, cuya voracidad instrumental no encuentra límites ni en la naturaleza ni en los demás.

Uno no se imagina a Robinson escribiendo poesía: una costumbre demasiado improbable, una práctica demasiado inútil. Pero ésa es justamente la opción de Fermín Herrero, cuya capacidad para la meditación corrosiva y la más descarnada lucidez está ya en sus primeros poemas, y muy especialmente en un libro deslumbrante como era *Echarse al monte* (1997), al que han seguido *Un lugar habitable* (2000) y más recientemente *El tiempo de los usureros* (2003) y *Endechas del consuelo* (2006). La poética de Herrero,

siendo moderna en su aliento y su impulso autorreflexivos, plantea el desafío de ver la modernidad desde su ángulo destructivo, desde la experiencia de la erosión (que es a la vez, conflictivamente, una erosión dañada de la experiencia).

En *Tierras altas* lo primero que salta a la vista es el planteamiento compositivo del poemario a modo de calendario anual, lo que produce un efecto de avance temporal ineludible, tan natural como trágico. Pero ese mismo planteamiento delata de entrada el carácter de artefacto del libro, su vocación de montaje distanciado, en frío. Desde ese marco, el primer verso señala de inmediato la inminencia de la pérdida: es aquí la certeza del tiempo perdido, a la vez que la certeza de que en esa pérdida se puede hallar un nuevo espacio, una nueva raíz para el silencio y para el habla. Ahí brota ya un título tan sintomático como "Mirando siempre al cielo", que reconoce que no hay otro punto de partida que el mirar, así como la sensación de que ese ejercicio de contemplación nos sobrepasa "y nos humilla desde siempre". Más allá de una asumida recuperación del mundo rural y un alegato contra su devastación, *Tierras altas* puede leerse desde el principio como una recuperación del mirar y un alegato contra su devastación por la *sociedad de la imagen* o por lo que Paul Virilio llamaría "la máquina de visión". Virilio ha utilizado el símil (en realidad la sinécdoque) del tren de alta velocidad para explicar cómo la modernidad tardía experimenta nada menos que la pérdida del paisaje. Pues bien, como se podrá intuir, el problema para Herrero no es la vuelta a un paisajismo bucólico o paralizante sino el de la resistencia a la desaparición desde otra forma de estar